

El populismo latinoamericano, entre la democratización y el autoritarismo

Carlos de la Torre¹

JUNIO 2013

- La bibliografía sobre el populismo en América Latina ha oscilado entre visiones que entienden al populismo como un peligro para la democracia, que puede llevar a la conformación de regímenes autoritarios, e interpretaciones que lo analizan como un movimiento de ruptura que democratiza los sistemas institucionales excluyentes.
- En general, los populismos clásicos han irrumpido en contextos de crisis de los regímenes oligárquicos que marginaron a grandes sectores de la política. Por ese motivo han entendido la democracia como la ocupación de espacios públicos de los cuales los pobres y los no blancos estaban excluidos, más que como el respeto a las normas e instituciones de la democracia liberal.
- Muchos académicos argumentan que Hugo Chávez, Rafael Correa y Evo Morales innovaron la democracia. Los expertos que se enfocan en el aspecto liberal de la democracia, que garantiza los derechos de la oposición, el pluralismo y las libertades civiles, en cambio, tienen una evaluación opuesta. Si bien son ciertas las críticas sobre los rasgos autoritarios de estos gobiernos, también se deben tomar en consideración sus aspectos incluyentes y democratizadores.
- El populismo no es un peligro inherente a la democracia pero tampoco es su redentor. A la vez que regenera la democracia, politiza las desigualdades sociales y las humillaciones cotidianas de los pobres y de los no blancos, el populismo puede generar formas de representación que nieguen las diversidades de la sociedad en la anti-utopía de la unidad del pueblo con la voluntad del líder.

1. Profesor de sociología y Director de Estudios Internacionales de la Universidad de Kentucky, Lexington.



Índice

■ Los legados del populismo clásico	3
■ Las ambigüedades del neopopulismo para la democratización.....	4
■ El populismo radical: ¿enemigo o redentor de la democracia?	6
■ El populismo y el pueblo	10
■ Conclusiones	13
■ Bibliografía	14



La relación entre el populismo y la democratización ha sido un tema central en los debates académicos (Arditti; Canovan; Mudde y Rovira; Panizza; Peruzzotti 2008, 2013). La bibliografía ha oscilado entre visiones que entienden al populismo como un peligro para la democracia, que puede llevar a la conformación de regímenes autoritarios, e interpretaciones que lo analizan como un movimiento de ruptura que democratiza los sistemas institucionales excluyentes. Este trabajo analiza estos debates en las tres olas populistas latinoamericanas: el populismo clásico, que va desde los años 40 hasta los 70; el neopopulismo de los 90; y el populismo de izquierda, ejemplificado por los regímenes de Hugo Chávez, Evo Morales y Rafael Correa. Se analiza además cómo la bibliografía conceptualiza el populismo y sus efectos positivos y negativos para la democratización de la región.

Los legados del populismo clásico

Para Gino Germani el populismo era una forma de dominación autoritaria que incorporaba a los excluidos de la política. Fue un fenómeno ligado a la transición de sociedades tradicionales a la modernidad. El «proceso rápido de industrialización y urbanización masiva» produjo una «clase popular masificada de formación reciente» que «carecía de experiencia sindical y no había sido todavía politizada por los partidos tradicionalmente obreros» (Germani 1971, p. 322). La relación entre Juan Domingo Perón y sus bases en Argentina fue personal y carismática. Sus visitas a plantas y sindicatos, los actos masivos, «junto con una amplia utilización de los medios masivos, especialmente la radio» fueron «uno de los factores centrales para erigir la figura de Perón en la del ‘hombre’, el único que podía ayudar a los trabajadores» (Germani 2010, p. 618).

Perón se convirtió, en palabras de Germani, en el «símbolo poderoso de una era mítica» (ibíd., p. 619). Argumenta que el liderazgo de Perón se asentó en una «cultura política criolla (...) basada no solamente en la aceptación pasiva de un gobernante autoritario, legitimado por la tradición o aceptado por su carisma, sino también enraizada en el sentimiento del derecho a participar» (Germani 2010, p. 627). La «democracia inorgánica»,

según Germani, es una forma de entender la democracia como participación política no mediada por instituciones y que puede subordinarse a la adhesión a liderazgos autoritarios. Para Germani las sociedades modernas podrían tener regresiones al autoritarismo e inclusive al totalitarismo. Los regímenes nacional-populares son ejemplos de tensiones más generales entre «la secularización de la sociedad y la necesidad de mantener un núcleo central prescriptivo suficiente para la integración» que pueden llevar al autoritarismo (Germani 1978, p. 7).

La teoría de la dependencia entendió al populismo como una fase en la historia de la región ligada a políticas de sustitución de importaciones (Ianni; Weffort). Los populismos irrumpen en contextos de crisis de los regímenes oligárquicos que, si bien basaron su legitimidad en el liberalismo, marginaron a grandes sectores de la política a través del fraude y la restricción del voto. Fueron movimientos multclasistas de la burguesía industrial, la clase media y el proletariado. Los regímenes nacional-populares fueron vistos como democratizadores, pues expandieron el electorado y basaron su legitimidad en ganar elecciones limpias. La política económica de los populistas redistribuyó el ingreso, subió los salarios mínimos y promovió la organización sindical. En muchos casos se lograron transformaciones estructurales, como la reforma agraria. Además fueron gobiernos que en sociedades racistas incluyeron a los más pobres y a los no blancos representándolos como los baluartes de la verdadera nacionalidad.

Pese a los rasgos autoritarios de los liderazgos populistas que manipularon a la clase obrera a través de la demagogia, que atacaron a la izquierda organizada y que cooptaron a los trabajadores a través de prebendas (Ianni), la bibliografía dependientista reconoce sobre todo sus efectos en promover la «democratización fundamental de América Latina» (Vilas). Esta se basa en políticas económicas redistributivas, en el nacionalismo, en la intervención estatal y en la promoción de la organización y la participación popular.

La incorporación populista dejó su legado en la manera en que se entiende la democracia en



América Latina. Enrique Peruzzotti (2008, 2013) señala que, si bien las elecciones limpias son la base de las credenciales democráticas del populismo, una vez que el pueblo ha votado los populistas consideran que el electorado debe someterse políticamente al líder. Perón, por ejemplo, manifestó: «Le hemos dado al pueblo argentino la oportunidad de elegir, en las elecciones más libres y honestas de la historia argentina, entre nosotros y nuestros adversarios. El pueblo nos ha elegido, por lo tanto ese dilema está solucionado. En la Argentina, se hace lo que decimos» (Peruzzotti 2008, p. 109). Esta visión de la democracia no toma en consideración los mecanismos de rendición de cuentas más allá de las elecciones, y tampoco presta atención a las formalidades de la democracia liberal, pues el líder encarna los deseos populares de cambio y los mecanismos que protegen a las minorías son considerados como impedimentos para que se exprese la voluntad popular encarnada en el líder. La representación populista asume una identidad de intereses entre el pueblo y su líder, autoerigido como el símbolo y la encarnación de la Nación. Las formas de representación liberales y los mecanismos institucionales de la democracia representativa son vistos como impedimentos para la expresión de la voluntad popular.

El populismo entendió a la democracia como la ocupación de espacios públicos de los cuales los pobres y los no blancos estaban excluidos, más que como el respeto a las normas e instituciones de la democracia liberal (De la Torre 2007). A diferencia de las formas de participación liberal que buscan «implementar un sistema basado en la institucionalización de la participación popular y el imperio de la ley», las formas populistas se basan en una incorporación estética o litúrgica más que institucional (Álvarez Junco 1994, p. 26). «El líder difunde los mitos y los símbolos que identifican al ‘pueblo’ como legítimo portador de los valores nacional-democráticos y convoca los ritos y festejos en los que el sujeto colectivo emergente ratifica con su presencia la nueva religión cívica» (ibíd., pp. 25-26). Por ejemplo, el 23 de septiembre de 1945 los seguidores del líder colombiano Jorge Eliécer Gaitán se congregaron en la plaza de toros de Bogotá «el Circo de Santa María»,

donde concluiría la «semana de pasión» de los gaitanistas. Su euforia después del mitin cuando gritaron «en el Circo de Santa María murió la oligarquía» y «guste o no le guste, cuadre o no le cuadre, Gaitán será su padre» no dejaron dudas sobre el efecto de esta reunión en los partícipes, que lo vivieron como un acto democratizador y de autorreconocimiento en la figura de Gaitán, el líder del pueblo (Braun, pp. 93-99).

La ocupación de espacios a través de marchas, mítines políticos y asambleas se ha dado junto a discursos maniqueos a favor del pueblo, construido como la encarnación de las virtudes y los valores «auténticos» de la Nación, y en contra de la oligarquía «corrupta y vende patria». El populismo es un discurso que divide a la sociedad en dos campos antagónicos: el pueblo contra la oligarquía. El pueblo, debido a sus privaciones, es el depositario de lo auténtico, lo bueno, lo justo y lo moral. El pueblo se enfrenta al antipueblo o a la oligarquía, que representa lo inauténtico o extranjero, lo malo, lo injusto y lo inmoral. La política se transforma en lo moral y aún en lo religioso (De la Torre 1992). No hay posibilidades de compromisos ni de diálogos y todos los conflictos políticos son dramatizados como enfrentamientos entre campos antagónicos (Iazzetta).

Las ambigüedades del neopopulismo para la democratización

Los dependentistas, al igual que los teóricos de la modernización, utilizaron teorías acumulativas del populismo que lo definen como un tipo de alianza de clase, políticas económicas distributivas y una etapa en el desarrollo de la región (Weyland 2001). Para quienes el populismo fue una etapa histórica fundamentalmente democratizadora (Lynch; Quijano), los gobiernos de Carlos Menem y Alberto Fujimori no tienen nada que ver con el populismo, pues sus políticas económicas neoliberales son la antítesis del estatismo y del nacionalismo redistributivo y porque no incorporaron sino que más bien excluyeron a los sectores populares.

Un nuevo grupo de académicos, en su mayoría científicos políticos, dejaron de ligar el populismo



con la estructura de clases, con políticas económicas distributivas o con etapas de desarrollo (Novaro 1996; Roberts; Weyland 1996). Kurt Weyland (2001, p. 12) definió el populismo como una estrategia política para llegar o ejercer el poder con la que líderes personalistas buscan el apoyo directo no mediado ni institucionalizado de un gran número de seguidores. Weyland diferencia entre populismo clásico y neopopulismo. El primero corresponde a la primera incorporación de sectores excluidos, cuando los líderes crean instituciones y organizaciones tales como partidos y sindicatos. En el neopopulismo la lucha es en contra de la clase política, no se crean partidos y se moviliza a los electores a base de redes que se activan en cada elección.

Durante el neopopulismo se dieron afinidades electivas entre líderes carismáticos y expertos. Los tecnócratas neoliberales coincidieron con los líderes neopopulistas en sentirse los representantes del interés nacional y general (Weyland 2001, 2003). Los neoliberales dieron prioridad al mercado sobre los intereses particulares, los neopopulistas entendieron su liderazgo político como la expresión de la voluntad popular que debía reinar de forma suprema, sin partidos ni impedimentos de la justicia y los parlamentos (Weyland 2006, p. 139). Los neoliberales compartieron el antagonismo hacia la clase política por haber interferido en el mercado defendiendo los intereses de los beneficiarios de las fallidas políticas de sustitución de importaciones y por haberse apropiado de la voluntad popular para servir sus intereses particulares. Compartieron la necesidad de concentrar el poder en el Ejecutivo para hacer reformas profundas. Sin embargo, la luna de miel entre expertos neoliberales y líderes populistas carismáticos terminó luego de que «derrotaran» la hiperinflación. Una vez que debieron aplicar políticas para generar empleo y crecimiento, los neopopulistas se sintieron atados por las recomendaciones tecnocráticas de los neoliberales y cambiaron sus equipos económicos (Weyland 2003, p. 1100).

Algunos académicos consideran que el neopopulismo es más compatible que el populismo clásico con la democracia liberal (Weyland 2001, p. 16).

Estas apreciaciones se basan en trabajos sobre las transformaciones del discurso peronista por parte de Menem en Argentina. Marcos Novaro (1998) argumenta que Menem anuló el rasgo de antagonismo social del discurso peronista. A partir del colapso de la última dictadura, el Partido Justicialista empezó un proceso de reformas. Los peronistas aceptaron la democracia y cambiaron su visión sobre la lucha política. Los antiguos enemigos se transformaron en adversarios que tienen el derecho de existir y expresar sus opiniones. Estas mutaciones en el discurso peronista han sido explicadas por la fuerza que adquirió el movimiento y el discurso de los derechos humanos y el impulso de la retórica de la ciudadanía (Peruzzotti 1997). Estos cambios en el discurso peronista, sin embargo, no estuvieron acompañados por un cambio en la actitud de Menem, quien gobernó a través de decretos de emergencia e invocando privilegios exclusivos para el Ejecutivo.

Los cambios del discurso peronista coincidieron con la crisis del movimiento obrero. Menem jugó hábilmente con sus divisiones y logró el apoyo de algunos líderes sindicales para sus reformas económicas que debilitaron, aún más, su poder colectivo. Menem se acercó a los grupos económicos más poderosos y a los organismos internacionales (Nun). Su partido, que había sido nacionalista, se convirtió en fervoroso defensor de la apertura económica y de la globalización. Sin embargo, tuvo el apoyo de los más pobres. Los programas en contra de la pobreza manejados por redes clientelares y de patronazgo lograron reactivar las lealtades peronistas. Como lo señala Javier Auyero, el peronismo durante la era de Menem retuvo sus símbolos mas no sus políticas sociales y económicas.

El neopopulismo no siempre fue compatible con la democracia liberal. Steven Levitsky y James Loxton argumentan que el populismo de Fujimori en Perú devino en un gobierno competitivo autoritario. Este es un tipo de gobierno civil electo en las urnas pero en un contexto en el que la cancha electoral favorece sistemáticamente a los candidatos del gobierno. Argumentan que los populismos exitosos llevan a regímenes autoritarios competitivos. Los populistas



son *outsiders* que no han sido socializados en las reglas del juego democrático y en la política parlamentaria del compromiso. Surgen en contextos de crisis de los partidos y de las instituciones políticas, sobre todo del Congreso. Llegan al poder con el mandato de terminar con el dominio de los políticos tradicionales y de refundar la democracia. Fujimori caracterizó a la democracia peruana como basada en la «palabrería» y buscó remplazar el dominio de los partidos por una democracia «más eficiente que resuelva nuestro problemas» (Levistky y Loxton, p. 172). Al llegar al poder sin el respaldo de partidos y cuando varias instituciones del Estado estaban en manos de partidos tradicionales, el incentivo fue asaltar instituciones de la democracia representativa como la Corte Suprema, el Congreso o el tribunal electoral. Se dieron crisis institucionales que se resolvieron de manera no democrática. Por ejemplo, Fujimori cerró el Congreso arbitrariamente y en Ecuador los partidos derrocaron a tres presidentes con maniobras de dudosa legalidad en el Congreso.

Guillermo O'Donnell utilizó el término «democracia delegativa» para caracterizar los gobiernos de Fujimori y Menem. La democracia delegativa se diferencia de cómo los populistas clásicos entendieron la democracia porque en el primer caso no se moviliza a los sectores populares. Es una democracia elitista que no busca la participación popular. Tampoco promueve los mecanismos de rendición de cuentas más allá de las elecciones (Peruzzotti 2013). La democracia delegativa se basa en la idea de elecciones limpias pero no respeta los derechos civiles ni los procedimientos democráticos y se basa en la idea de que quien gane la elección tiene el mandato de gobernar de acuerdo con lo que crea que es el mejor interés de la colectividad. El presidente dice personificar a la Nación y, debido a que se cree el redentor de la patria, sus políticas de gobierno no necesariamente tienen relación con las promesas de campaña o con los acuerdos logrados con los partidos políticos que lo apoyaron. La responsabilidad de los destinos de la Nación caen sobre el líder, por esto es plebiscitado constantemente como la fuente de la redención o como el causante del desastre nacional. La lógica es que el tiem-

po apremia y los intereses y los cálculos a corto plazo caracterizan la actuación del gobierno y de la oposición. La legalidad y el accionar basado en la normatividad democrática cuentan menos que la acción directa en beneficio de aquello que los delegados del mandato popular consideran los mejores intereses de la Nación. La posibilidad de pactos y de diálogo es limitada. Al verse como la encarnación de la voluntad nacional, el presidente tiene pocos alicientes para concertar y dialogar con la oposición. Estos no tienen más opción que actuar de forma similar al gobierno y usar mecanismos de dudosa legalidad para frenar al presidente.

El populismo radical: ¿enemigo o redentor de la democracia?

Hugo Chávez, Evo Morales y Rafael Correa se parecen a los neopopulistas por haber irrumpido con una postura en contra del dominio de la partidocracia, pero se diferencian pues sus políticas económicas nacionalistas y redistributivas son opuestas al neoliberalismo. Se parecen más bien a las de los populistas clásicos. Estos líderes no se ven a sí mismos como políticos regulares que han sido electos por un período determinado (Montúfar). Se sienten portadores de misiones míticas, tales como alcanzar la segunda independencia para forjar democracias que superen los vicios de la democracia liberal. La misión de Chávez fue liderar la revolución bolivariana que construiría el socialismo del siglo XXI y el Estado comunal (López Maya y Panzarelli). Rafael Correa es el líder de la revolución ciudadana que busca rescatar la soberanía nacional y favorecer a los pobres con políticas redistributivas (Conaghan; Montúfar). Morales está embarcado en una revolución cultural anticolonial y en la creación de una sociedad plurinacional en la que coexista la democracia representativa con formas comunales e indígenas de democracia (Crabtree; F. Mayorga).

La bibliografía sobre la relación entre estos gobiernos y la democracia oscila entre visiones que los caracterizan como alternativas a los regímenes excluyentes de la partidocracia neoliberal o bien como autoritarios. Muchos académicos argumen-



tan que Hugo Chávez, Rafael Correa y Evo Morales innovaron la democracia. Sus credenciales democráticas se asientan en su compromiso con la justicia social y en políticas económicas y sociales que pusieron fin al neoliberalismo. El Estado tiene un papel central en el control de los recursos naturales, en la distribución del ingreso y en la protección de los más pobres y vulnerables. Estos gobiernos han democratizado sus sociedades convocando asambleas constituyentes participativas para revertir los déficits de la democracia liberal. Se redactaron nuevas constituciones que expandieron los derechos y establecieron modelos de democracia participativa, directa y, en el caso de Bolivia, comunal. Estos líderes han ganado elecciones limpias y han desplazado del poder a élites políticas corruptas. Su retórica populista glorifica e incluye simbólicamente a los excluidos. Los sectores populares, se argumenta, han respondido incrementando su participación política (Correa; García Linera; Raby; Ramírez Gallegos; Wilpert). Algunos observadores ven en estos gobiernos un modelo a emular para democratizar las sociedades de los países capitalistas avanzados (Ali; Raby).

Los académicos que se enfocan en el aspecto liberal de la democracia, que garantiza los derechos de la oposición, el pluralismo y las libertades civiles, tienen una evaluación contraria. Argumentan que estos gobiernos son autoritarios pues concentran el poder en el Ejecutivo, los opositores son construidos como enemigos malignos que atentan en contra de los intereses del proceso revolucionario, están en guerra con los medios privados de comunicación y las elecciones se dan en condiciones que favorecen a quienes están en el poder sin dar las mismas garantías a la oposición (Corrales; Corrales y Penfold; R.A. Mayorga; Weyland 2013).

Debido a que los populismos concentran el poder en el líder y limitan a los contrapoderes, devienen en regímenes híbridos (Corrales y Penfold, p. 149). Son una nueva forma de autoritarismo que utiliza instrumentos democráticos, como las elecciones, para promover resultados no democráticos, como la exclusión de los rivales políticos (Corrales, p. 105). Kurt Weyland (2013) ar-

gumenta que Chávez, Correa y Morales llegaron al poder en contextos de bonanza de los precios de los recursos naturales que permitieron que sus políticas económicas tuvieran mayor autonomía de los dictados del mercado y de los organismos internacionales.

A diferencia de los populismos de derecha de Fujimori y Menem, que combatieron la hiperinflación, estos líderes luchan por reformas estructurales y de largo plazo, como la reducción de la desigualdad y de la pobreza. Sus políticas estatistas les dan más control sobre la economía que las políticas neoliberales que redujeron el poder del Estado. Los populistas de izquierda son parte de un nuevo bloque antihegemónico que no busca el apoyo de los organismos internacionales y que más bien crean pactos económicos regionales y globales antineoliberales. No están siempre limitados por las recomendaciones y la aprobación de organismos multilaterales que velan por las libertades democráticas y que son caracterizados como defensores de los privilegios del antiguo régimen. Considerando todos estos factores, Weyland (2013) señala que los efectos negativos de estos regímenes en contra de la democracia serán más duraderos que los ataques coyunturales de los populismos de derecha que se asentaron en bases más frágiles.

Comparto las críticas sobre los rasgos autoritarios de estos gobiernos y sobre la visión normativa que sostiene que sin libertades individuales e instituciones fuertes se atenta en contra de la posibilidad de que la sociedad civil se organice y exprese sin la injerencia del Estado. Sin embargo, me parece que también hay que tomar en consideración los aspectos incluyentes y democratizadores que se han dado en estos gobiernos. La democratización, como señala Robert Dahl, no solo garantiza los derechos de la oposición para competir en condiciones de igualdad, criticar al gobierno y ofrecer puntos de vista alternativos. La democratización también promueve la participación y la inclusión (Rovira; Mudde y Rovira). Si se evalúa a los gobiernos populistas de izquierda con estos parámetros, sus credenciales democráticas mejoran. Después de todo, basan su legitimidad en ganar elecciones limpias, y sus políticas



sociales a favor de los pobres han reducido la desigualdad. De acuerdo con el Panorama Social de América Latina de la Cepal (p. 14), la pobreza se redujo en Venezuela de 48,6% en 2002 a 42,4% en 2011. En Bolivia disminuyó de 62,4% en 2002 a 42,4% en 2010. En Ecuador bajó de 49% en 2002 a 32,4% en 2011.

Estos gobiernos tienen políticas públicas y económicas que han puesto fin al neoliberalismo pero hacen diferentes énfasis en cómo promueven la participación popular. En Venezuela y Ecuador las iniciativas políticas vienen desde el Ejecutivo, mientras que en Bolivia los movimientos sociales limitan las acciones del gobierno y tienen iniciativas autónomas. En Venezuela y Bolivia se han creado mecanismos institucionales para promover la participación sobre todo a nivel local, mientras que en Ecuador la participación se reduce al voto.

El gobierno de Chávez implementó la democracia participativa y protagónica. Algunos argumentan que esta es diferente «a la democracia burguesa, esto es, al mero sistema político representativo» y que se basa en el «ejercicio real y cotidiano del poder por las grandes mayorías populares» (Acosta, p. 22). El gobierno de Chávez creó varias instancias para institucionalizar la democracia participativa y protagónica. Los más estudiados han sido los círculos bolivarianos y los consejos comunales. Los círculos bolivarianos funcionaron entre 2001 y 2004 y tuvieron un rol importante en las protestas en contra del golpe de Estado contra Chávez en 2002. Si bien es indudable que los círculos incrementaron la participación popular y politizaron a sectores previamente excluidos, no están basados en la «clase de autonomía que la democracia requiere» (Hawkins y Hansen, p. 127). Funcionaron con criterios clientelares para transferir recursos y se basaron en mecanismos de mediación carismática entre el líder y sus seguidores que no permiten la autonomía de las bases (Arenas y Gómez Calcaño).

Luego del triunfo electoral de Chávez en 2006 se radicalizó el proceso con el objetivo de construir el socialismo del siglo XXI y el Estado comunal. En palabras de Chávez, «el poder popu-

lar es alma, nervio, hueso, carne y esencia de la democracia bolivariana, de la democracia revolucionaria, de la democracia verdadera» (citado por Sosa, p. 52). De acuerdo con el gobierno, «los consejos comunales son espacios desde los cuales se construye la democracia participativa y protagónica y posibilitan que las comunidades organizadas activen la democracia directa en contra de la democracia representativa» (Maingón, p. 128). Un estudio basado en encuestas a 1.200 consejos comunales ilustra que la mayor parte de sus proyectos han sido sobre infraestructura pública, urbanismo y servicios (Machado, p. 32). Este estudio sostiene que «hay un proceso progresivo de protagonismo y responsabilidad popular en la construcción de respuestas colectivas en la búsqueda de un mejor vivir» (ibíd., p. 50). Estas conclusiones positivas son cuestionadas por estudios que señalan los peligros de que el Estado esté penetrando «en la vida comunitaria con fines de control político y social» (Reyna y D'Elia, p. 21). Estos riesgos se magnifican por el rol de las fuerzas armadas en los consejos comunales, donde están conformando comités de defensa, y por su papel de injerencia directa en los proyectos de desarrollo integral y movilización nacional (ibíd., p. 12).

La encuesta del Centro Gumilla señala que un 84% de los encuestados se involucra en las acciones de los centros comunales (Machado, p. 23). Estas conclusiones no son compartidas por todos los estudiosos. Por ejemplo, en sus estudios etnográficos sobre instituciones de democracia participativa en Caracas, Margarita López Maya (2008, 2010) señala que la participación se reduce a un grupo de personas politizadas con anterioridad y con experiencias participativas que tienen dificultades de incorporar a otras personas de la comunidad.

Críticos y defensores de los consejos comunales sostienen que tienen los mismos problemas y virtudes que los círculos bolivarianos. Si bien han incrementado la participación y han empoderado a sectores antes excluidos (Ellner, p. 83), el liderazgo personalista y carismático de Chávez ha reducido la autonomía de las propuestas e iniciativas que vienen desde las bases (Ellner; Sosa;



Wilpert, pp. 195-407). Además, como señala el periodista Ian Bruce, los consejos comunales dependen de las decisiones unilaterales y centralizadas del presidente sobre cuánto dinero distribuir, en qué y cómo gastarlo. Así se transforma a los miembros de los consejos en «ejecutores de proyectos públicos en pequeña escala neutralizando su potencial político para ser quienes construyan una nueva sociedad y un nuevo estado comunitario» (p. 163).

El gobierno de Correa es diferente, pues no promueve la participación a nivel local y porque no ha creado instituciones de democracia participativa. En su régimen convive el discurso populista con el dominio de los tecnócratas (De la Torre 2013). Una elite de expertos está a cargo de la elaboración de políticas públicas que van desde el plan nacional de desarrollo hasta políticas de educación y comunicación del régimen. Los expertos dicen hablar en nombre de toda la Nación y no de intereses particulares o de grupos sociales calificados como corporativistas, como los maestros, indígenas o servidores públicos. El líder actúa como si encarnara la voluntad popular. Los tecnócratas consideran que están más allá de los particularismos de la sociedad y que pueden diseñar políticas que beneficien a toda la Nación. El líder y los técnicos ven a la sociedad como un espacio vacío donde pueden diseñar instituciones y prácticas nuevas. Todas las instituciones existentes son consideradas como corruptas y que deben ser renovadas. Las reacciones defensivas de los movimientos sociales a la penetración del Estado refuerzan su visión de que su proyecto de redención universalista es resistido por una serie de enemigos egoístas, particularistas y corporativistas (Correa; Quintero y Silva). Asumiendo que poseen la verdad que viene del saber de los expertos y de la voz unitaria del pueblo encarnada en el líder, desdeñan el diálogo. El disenso es interpretado como traición a su misión de reestructuración del Estado, la cultura, la economía y la sociedad. Como resultado, el gobierno de Correa, que prometió una revolución ciudadana, está minando las bases que garantizan ciudadanías autónomas promoviendo la formación de masas agradecidas en lugar de ciudadanos autónomos.

Los conflictos de Correa con el movimiento indígena, por ejemplo, se basan en diferentes visiones sobre la explotación de los recursos naturales. Correa ve el futuro del país en la minería, que dará recursos para combatir la pobreza, mientras que indígenas y ecologistas buscan sistemas alternativos de desarrollo que no estén basados en la explotación de los recursos naturales. Los conflictos de Correa con el movimiento indígena también fueron provocados porque el gobierno transfirió el control de la educación intercultural de manos de las organizaciones indígenas al Estado. La estrategia del gobierno es establecer relaciones directas con las bases indígenas para aislar a la organización más poderosa, la Confederación de las Nacionalidades Indígenas del Ecuador (Conaie). Correa ve a los indígenas y a los ecuatorianos pobres como beneficiarios de las políticas distributivas del régimen. Cuando articulan ideas propias sobre el desarrollo o la democracia son estigmatizados como «infantilistas de izquierda» o manipulados por ONG extranjeras (De la Torre 2013).

Evo Morales llegó al poder en el pico del ciclo de protestas de los movimientos sociales en contra del neoliberalismo y de la partidocracia. Su partido, el MAS, tiene orígenes en los movimientos sociales y en redes de sindicatos campesinos y de organizaciones indígenas. De acuerdo con John Crabtree (p. 284), estas organizaciones comparten una tradición comunitaria de discusión de los problemas y toma de decisiones colectivas. Los movimientos tienen una cultura política de participación activa y presionan para que los líderes sean responsables ante quienes les pusieron en posiciones de autoridad.

El presidente Morales sigue las prácticas de democracia comunal cuando discute sus políticas con los movimientos sociales. Por ejemplo, dio un informe de labores de su primer año de gobierno a los sindicatos y las organizaciones indígenas. Discute con estas organizaciones sus políticas públicas, como la ley de educación, la política sobre la coca y la seguridad social (García Linera, p. 90). Si bien para algunos académicos estas reuniones, que pueden durar hasta veinte horas, están basadas en la participación de todos,



otros consideran que se basan en la imposición de los criterios de Morales.

La relación de Morales y los movimientos sociales es caracterizada por Fernando Mayorga como «flexible e inestable» pues ha ido desde la cooptación hasta la independencia. Por ejemplo, los movimientos organizados en el Pacto de Unidad tuvieron un papel independiente y activo en la asamblea constituyente. En 2007 se reagruparon en la Coordinadora Nacional por el Cambio (Conalcam), presidida por Morales, para movilizar a sus seguidores en una coyuntura de luchas intensas en contra de la oposición. Los movimientos sociales marcharon para apoyar al gobierno y en 2008 estuvieron al frente de la campaña a favor de Morales en el referendo revocatorio. Sin embargo, los movimientos sociales no están subordinados a Morales. En 2011 protagonizaron protestas en contra del incremento de los precios de la gasolina y marcharon en contra del plan del gobierno de construir una carretera en el parque nacional del Tipnis.

Los gobiernos de Chávez, Morales y Correa prometieron poner fin a las exclusiones del neoliberalismo, mejorar la calidad de la democracia y resolver los problemas de participación y representación de las democracias liberales. Sin embargo, sus propuestas de democratización no valoraron los procedimientos de la democracia liberal por entenderlos como impedimentos para que se exprese la voluntad popular encarnada en el líder. Estos gobiernos concentraron el poder en el Ejecutivo, sin independencia de los diferentes poderes del Estado, restringen a los medios de opinión privados y redujeron los espacios para que la oposición participe en las elecciones en condiciones de igualdad (Corrales y Penfold; López Maya y Panzarelli; Conaghan; Montúfar; Barrios; R.A. Mayorga). En Venezuela se crearon organizaciones sindicales paralelas y organizaciones populares dependientes del Ejecutivo a la vez que, como en Ecuador, se fragmentan, debilitan y cooptan a las organizaciones autónomas de la sociedad civil. Sin embargo, y a diferencia de Venezuela y Ecuador, el liderazgo de Morales se asienta en movimientos sociales que no permiten que se apropie de la voluntad popular.

El populismo y el pueblo

El concepto de pueblo es central en la manera en que el populismo entiende la democracia. El discurso populista construye al pueblo y a las elites como polos antagónicos. Los líderes populistas dicen encarnar los deseos y virtudes del pueblo, prometen devolver el poder al pueblo y redimirlo del dominio de elites políticas, económicas y culturales. Pero como señala la filósofa política Sofia Näström (p. 324), «el pueblo» es «uno de los conceptos más usados y abusados en la historia de la política». El pueblo no es un dato primario, es ante todo una construcción discursiva que representa a la vez a toda la sociedad y a un sector de esta, los excluidos (Laclau 2005). Las elites todavía usan el concepto de pueblo para descalificar y estigmatizar a las masas como peligrosas. Sostienen que la «chusma» y el «populacho» atentan en contra de la democracia y la civilidad. Pero el pueblo a su vez es invocado como un «ser mítico». El pueblo «no es únicamente la fuente de legitimidad política sino la promesa de redención de la opresión, la corrupción y la banalidad» (Canovan, p. 123).

Las imágenes de peligros de las masas, heredadas de las visiones decimonónicas de la psicología de las masas y de las teorías de la sociedad de masas, todavía informan cómo las elites y los medios representan al pueblo en América Latina. Se teme a la masa porque es irracional y atenta contra la democracia. Las elites construyen a los excluidos como incapaces de tener un discurso racional. Jaques Rancière (p. 38) sostiene que para no reconocer a alguien como un ser político, no se entiende lo que dice o no se escucha lo que sale de su boca como discurso: el patriciado romano rechazó escuchar los sonidos emitidos por las bocas de los plebeyos como tales (Rancière, p. 37).

También se distingue a los ciudadanos racionales que debaten en la esfera pública de las masas que se dejan llevar por sus emociones. Es así que desde Germani se han usado representaciones de las masas irracionales para descalificar a los seguidores populistas como cercanos a la barbarie.

Para contrarrestar las representaciones de las masas irracionales se ha construido al pueblo como



el portador de virtudes míticas. El historiador de la revolución francesa Jules Michelet concibió al pueblo como «el nuevo Cristo porque lleva en sí dos tesoros: el primero, la virtud del sacrificio, y el segundo, formas instintivas de vida que son más valiosas que todos los conocimientos sofisticados de los llamados hombres cultos» (citado en Álvarez Junco 1987, p. 251). El populismo es una política de reconocimiento simbólico y cultural de las despreciadas clases bajas (Panizza). Transforma las humillaciones de la chusma en fuentes de dignidad. Los excluidos son la fuente de toda virtud y los que los humillan y marginan se convierten en la despreciada oligarquía «vendepatria». Los populistas son famosos por transformar los estigmas del pueblo en virtudes. Perón transformó a «los descamisados» y a los «cabecitas negras» en la fuente de la verdadera argentinidad. De manera similar, la despreciada y temida «chusma» colombiana y ecuatoriana se transformó en la amada y bendita chusma de Jorge Eliécer Gaitán y de José María Velasco Ibarra.

El discurso populista agrupa las opresiones de clase, étnicas y culturales en dos campos irreconciliables: el pueblo que comprende a la Nación y a lo popular en contra de la oligarquía maligna y corrupta. La noción de lo popular incorpora la idea de conflicto antagonista entre dos grupos con la visión romántica de la pureza y la bondad natural del pueblo. Como resultado, lo popular es imaginado como una entidad homogénea, fija e indiferenciada (Avritzer, p. 72). Los líderes populistas actúan como si conocieran quién es el pueblo y cuál es su voluntad. Construyen como sus enemigos a quienes no están de acuerdo con lo que ellos consideran el pueblo virtuoso. Los enemigos representan una amenaza moral que debe ser erradicada. El pueblo no se enfrenta a adversarios sino a enemigos morales. Durante la huelga general de la oposición, Chávez manifestó: «Esto no es entre Chávez y los que están en contra de Chávez, sino entre los patriotas y los enemigos de la patria» (Zúquete, p. 105).

Los populistas no aceptan las reglas de juego. Buscan destrozar el orden institucional existente y remplazarlo con un régimen que no excluya al pueblo. A diferencia de los políticos, que actúan

con la premisa de que no siempre estarán en el poder, la fantasía de la unidad del pueblo «abre la puerta a la percepción del ejercicio del poder como una posesión y no una ocupación temporal» (Arditi, p. 83). Los populistas concentran el poder y reducen los espacios para que se exprese la oposición, pues consideran que hay enemigos conspirando permanentemente. Su objetivo es estar en el poder hasta transformar el Estado y la sociedad. Debido a que el pueblo es entendido como la plebe —los más pobres y excluidos—, ejecutan políticas en beneficio de estos sectores. Los populistas incorporan a los excluidos redistribuyendo recursos materiales, confrontando los valores de la cultura popular con la dominación de las elites y dando voz a quienes están desmotivados o excluidos de la política.

Los movimientos sociales que dicen hablar en nombre del pueblo limitan la tentación populista de construir al pueblo como un sujeto homogéneo y el empeño del líder de autoproclamarse como la encarnación de la voluntad popular. En Bolivia, por ejemplo, el gobierno de Morales está sometido a negociaciones con movimientos sociales que han logrado frenar iniciativas estatales. Correa y Chávez han actuado como si fuesen la *vox populi*. Ganar elecciones y tener altos índices de popularidad los certifican no solo como los únicos representantes legítimos sino como la voz y «la encarnación misma del pueblo» (Peruzzotti 2008, p. 110).

Las visiones míticas del pueblo, que son una respuesta a los estigmas que usan las elites, pueden llevar a fantasías autoritarias. Si el pueblo es visto como homogéneo, si la imagen del pueblo es transparente, si no se reconocen sus divisiones internas, si se argumenta que el pueblo unitario lucha en contra de sus enemigos externos, el peligro es la creación de la imagen autoritaria del «Pueblo como Uno» (Lefort).

Claude Lefort señaló que las revoluciones del siglo XVIII abrieron el espacio político-religioso ocupado por la figura del rey. En su libro *Los dos cuerpos del rey*, Kantorowicz analizó cómo el monarca, al igual que Dios, era omnipresente, porque constituía el cuerpo de la política sobre el que



gobernaba. Igual que el hijo de Dios, que fue enviado para redimir el mundo, era hombre y Dios, tenía un cuerpo natural y divino, y ambos eran inseparables (Morgan, p. 17). La democracia, señala Lefort, transforma el espacio antes ocupado por el rey en un espacio vacío que los mortales solo pueden ocupar temporalmente. Pero el advenimiento de las revoluciones del siglo XVIII a su vez generaron un principio que podía poner en peligro el espacio democrático. La soberanía popular entendida como un sujeto encarnado en un grupo, un estrato o una persona podría clausurar el espacio vacío a través de la idea del «Pueblo como Uno» (Arato, p. 23).

Para Lefort la modernidad se mueve entre el espacio abierto de la democracia y el totalitarismo, basado en el poder del ególatra que clausura el espacio abierto de la democracia. Lo que Lefort no analiza es cómo y cuándo los proyectos totalitarios no devienen en regímenes autoritarios debido a la resistencia de las instituciones o de la sociedad civil (Arato, p. 28). Tampoco considera la posibilidad de que existan regímenes que no sean plenamente totalitarios o democráticos (Lacau 2005, p. 166).

El filósofo político Isidoro Cheresky utiliza la noción de poder semiencarnado para analizar los gobiernos de Chávez, Morales y Correa. El poder se identifica en un proyecto o un principio encarnado en una persona que es casi pero no totalmente insustituible, pues la encarnación del proyecto puede desplazarse hacia otro líder. La idea de poder semiencarnado también ayuda a conceptualizar las condiciones institucionales y los procesos que limitan la tentación de un líder de ser la única y verdadera voz de todo el pueblo. Las instituciones de la democracia mitigan la tentación de un líder de convertirse en la encarnación del pueblo. Oswaldo Izaeta demuestra, a partir de los traumas de la dictadura de los años 70 y de un análisis de los riesgos de las concepciones populistas de la política (la lucha entre amigos y enemigos), cómo la democracia argentina se construyó bajo la idea del adversario y no del enemigo político. Esto permitió la creación de instituciones y de una sociedad civil que defendía los derechos humanos. Los intentos de

los Kirchner de transformar la política en una lucha maniquea entre los buenos y los malos y la dramatización del conflicto con el propósito de polarizar el escenario político y demarcar dos espacios antagónicos son resistidos por una sociedad plural y compleja. En Venezuela, Bolivia y Ecuador colapsaron los partidos políticos y las instituciones de la democracia. Chávez, al igual que Correa y en menor medida Morales, no fue socializado en las reglas del juego constitucional o en la política del compromiso. Tampoco fue parte de partidos políticos que reevaluaron la democracia luego de experiencias traumáticas con regímenes autoritarios. Al contrario, estos políticos ligaron el neoliberalismo con la democracia liberal y prometieron transformar y refundar todas las instituciones de lo que denominaron la democracia burguesa. Como su objetivo es redimir al pueblo de los vicios y del sufrimiento causado por el neoliberalismo, la globalización y la partidocracia, estos presidentes no ven sus mandatos como uno más en la historia. Más bien los presentan como momentos refundacionales de sus repúblicas, como el nacimiento de la segunda independencia o como el fin del colonialismo. Sus presidencias marcan la disyuntiva entre un pasado opresivo y de sufrimiento y un renacimiento que se enmarca en las luchas de los héroes patrios.

Morales, Correa y Chávez dicen encabezar procesos revolucionarios. La revolución acelera el tiempo histórico y obliga a tomar partido. En los momentos de ruptura, la complejidad de lo social se reduce a dos campos nítidos: el campo del líder que encarna al pueblo y las promesas de redención y el campo de los enemigos del líder, del pueblo y de la historia. El mito de la revolución crea la esperanza de que el paraíso se construya en la tierra y que ponga fin a la opresión y a los sufrimientos del pueblo, considerado como un sujeto liberador. El pueblo ha sufrido, es puro y no ha sido corrompido por los vicios importados por la globalización, el individualismo y el mercado. La historia no termina, sino que recién empieza, pues estos líderes recogen las luchas del pueblo y sus próceres y por fin llevarán al pueblo a la redención y al reinado de Dios en la Tierra.



Conclusiones

Este trabajo no considera que el populismo sea un peligro inherente a la democracia, pero tampoco entiende que es su redentor. De manera similar a Mudde y Rovira, se analizaron las ambigüedades del populismo en la democratización. Estos autores utilizan la noción de Dahl de que la democratización garantiza los derechos de la oposición para que compita en condiciones de igualdad promoviendo, a su vez, la participación y la inclusión. El trabajo comparativo de Mudde y Rovira sobre los populismos europeo y latinoamericano ilustra que el populismo es antiliberal pero no necesariamente antidemocrático. El populismo latinoamericano incorpora políticamente a los excluidos, promueve su inclusión material y su inclusión simbólica, pero sin respetar necesariamente los derechos de la oposición.

A diferencia de posiciones claramente normativas a favor de estos regímenes o de críticas que los caracterizan como autoritarios-competitivos, la noción lefortiana de semiencarnación permite analizar algunas ambivalencias del populismo para la democratización. El riesgo de que estos regímenes populistas cierren el espacio democrático está presente pero, a su vez, estos intentos son resistidos por la sociedad civil y por las instituciones de la democracia liberal. Los populistas no son únicamente regímenes híbridos; muchos buscan incrementar la participación y la inclusión de los de abajo. En los populismos, las tensiones entre mayor inclusión y los peligros de la apropiación de la voluntad popular por parte del líder se manifiestan de manera particular en cada caso. Es así que los populismos de Correa y Fujimori, pese a promover políticas económicas opuestas, se parecen en que no han promovido la participación más allá de las elecciones y en su visión tecnocrática de la política. En estos casos, los líderes combinan la apropiación populista de la voluntad popular con la apropiación

tecnocrática del conocimiento para transformar la sociedad sin contar con la opinión de los ciudadanos. El populismo de Chávez se mueve entre la promoción de la participación popular y la apropiación de la voluntad popular por parte del líder. Debido a que se han creado mecanismos participativos y se ha movilizado a los de abajo en la lucha en contra de la oposición, los sectores subalternos buscan apropiarse de las iniciativas del Estado para promover sus intereses. Morales no logra apropiarse de la voluntad popular pues su liderazgo se asienta en movimientos sociales autónomos con los que cuenta para negociar con la oposición.

El populismo representa simultáneamente la regeneración de los ideales participativos y de igualdad de la democracia, así como la posibilidad de negar la pluralidad de lo social. Sin ella, el ideal democrático puede degenerar en formas autoritarias y plebiscitarias de aclamación a un líder construido como la encarnación de la voluntad unitaria del pueblo. Si bien el populismo motiva a que los excluidos y los apáticos participen, las visiones sustantivas de la democracia, entendidas como la voluntad homogénea del pueblo o como la identificación entre el líder y la nación, desconocen el pluralismo y los procedimientos del Estado de derecho.

El populismo es una forma de incorporación política que ha tenido rasgos democratizadores y autoritarios. A la vez que regenera la democracia, politiza las desigualdades sociales y las humillaciones cotidianas de los pobres y de los no blancos, el populismo puede generar formas de representación que nieguen las diversidades de la sociedad en la antiutopía de la unidad del pueblo con la voluntad del líder. El populismo se mueve entre la ambigüedad de pensar a la sociedad como una comunidad con intereses homogéneos y la politización de las exclusiones para incorporar a poblaciones relegadas.



Bibliografía

- Acosta, Vladimir: «El socialismo del siglo XXI y la revolución bolivariana. Una reflexión inicial» en Margarita López Maya (ed.): *Ideas para debatir el socialismo del siglo XXI*, Alfa, Caracas, 2007, pp. 21-31.
- Ali, Tariq: *Pirates of the Caribbean. Axis of Hope*, Verso, Londres, 2008.
- Álvarez Junco, José: «Magia y ética en la retórica política» en José Álvarez Junco (ed.): *Populismo, caudillaje y discurso demagógico*, Centro de Investigaciones Sociológicas, Madrid, 1987, pp. 219-271.
- Álvarez Junco, José: «El populismo como problema» en José Álvarez Junco y Ricardo González Leandri (eds.): *El populismo en España y América*, Catriel, Madrid, 1994, pp. 11-39.
- Arato, Andrew: «Lefort, the Philosopher of 1989» en *Constellations* vol. 19 Nº 1, 2012, pp. 23-29.
- Arenas, Nelly y Luis Gómez Calcaño: *Populismo autoritario: Venezuela 1999-2005*, Cendes, Caracas, 2006.
- Arditi, Benjamín: *Politics at the Edge of Liberalism*, Edinburgh University Press, Edimburgo, 2007.
- Auyero, Javier: «Todo por amor, o lo que quedó de la herejía. 'Clientelismo populista' en la Argentina de los noventa» en Felipe Burbano de Lara (ed.): *El fantasma del populismo. Aproximación a un tema [siempre] actual*, Nueva Sociedad, Caracas, 1998, pp. 81-119.
- Avritzer, Leonardo: *Democracy and the Public Sphere in Latin America*, Princeton University Press, Princeton, 2002.
- Barrios, Franz Xavier: «The Weakness of Excess. The Bolivian State in an Unbounded Democracy» en John Crabtree y Laurence Whitehead (eds.): *Unresolved Tensions. Bolivia Past and Present*, University of Pittsburgh Press, Pittsburgh, 2008, pp. 125-41.
- Braun, Herbert: *The Assassination of Gaitán*, The University of Wisconsin Press, Madison, 1985.
- Bruce, Ian: *The Real Venezuela. Making Socialism in the Twenty-First Century*, Pluto Press, Londres, 2008.
- Canovan, Margaret: *The People*, Polity Press, Cambridge, 2005.
- Cepal: *Panorama social de América Latina*, 2012.
- Cheresky, Isidoro: «Mutación democrática, otra ciudadanía, otras representaciones» en Isidoro Cheresky (ed.): *¿Qué democracia en América Latina?*, Clacso / Prometeo, Buenos Aires, 2012, pp. 23-55.
- Conaghan, Catherine: «Ecuador: Rafael Correa and the Citizen's Revolution» en Steven Levitsky y Kenneth Roberts (eds.): *The Resurgence of the Latin American Left*, The Johns Hopkins University Press, Baltimore, 2011, pp. 260-283.
- Corrales, Javier y Penfold Michael: *Dragon in the Tropics. Hugo Chávez and the Political Economy of Revolution in Venezuela*, Brookings Institution Press, Washington, DC, 2011.
- Corrales, Javier: «In Search of a Theory of Polarization: Lessons from Venezuela, 1999-2005» en *Revista Europea de Estudios Latinoamericanos y del Caribe* Nº 79, octubre de 2005, pp. 105-118.
- Correa, Rafael: «Interview Ecuador's Path» en *New Left Review* Nº 77, septiembre-octubre de 2012, pp. 89-104.
- Crabtree, John: «From the MNR to the MAS: Populism, Parties, the State, and Social Movements in Bolivia Since 1952» en Carlos de la Torre y Cynthia Arnson (eds.): *Populism of the Twenty First Century*, The Johns Hopkins University Press y The Woodrow Wilson Center Press, Baltimore-Washington, DC, 2013, pp. 269-295.
- De la Torre, Carlos: «The Ambiguous Meanings of Latin American Populisms» en *Social Research* vol. 59 Nº 2, 1992, pp. 385-414.
- De la Torre, Carlos: «¿Es el populismo la forma constitutiva de la democracia Latinoamericana?» en Julio Aibar (ed.): *Vox Populi. Populismo y democracia en Latinoamérica*, Flacso, México, DF, 2007, pp. 55-83.
- De la Torre, Carlos: «El tecnopopulismo de Rafael Correa. ¿Es compatible el carisma con la tecnocracia?» en *Latin American Research Review* vol. 48 Nº 1, 2013, pp. 24-43.
- Ellner, Steve: «Hugo Chávez's First Decade in Office: Breakthroughs and Shortcomings» en *Latin American Perspectives* vol. 37 Nº 1, 2010, pp. 77-97.



- Gallegos Ramírez, Franklin: «Postneoliberalismo indócil. Agenda pública y relaciones socio-estatales en el Ecuador de la Revolución Ciudadana» en *Temas y Debates* Nº 20, 2010, pp. 175-194.
- García Linera, Álvaro: *Biografía política e intelectual. Conversaciones con Pablo Stefanoni, Franklin Ramírez y Maristella Svampa*, Le Monde diplomatique, La Paz, 2009.
- Germani, Gino: *Política y sociedad en una época de transición* [1956], Paidós, Buenos Aires, 1971.
- Germani, Gino: *Authoritarianism, Fascism, and National Populism*, Transaction Books, New Brunswick, 1978.
- Germani, Gino: «El surgimiento del peronismo. El rol de los obreros y de los migrantes internos» [1973] en Carolina Mera y Julián Rebón (eds.): *Gino Germani: La sociedad en cuestión*, Clacso, Buenos Aires, 2010, pp. 576-640.
- Hawkins, Kirk y David Hansen: «Dependent Civil Society: The *Círculos Bolivarianos* in Venezuela» en *Latin American Research Review* vol. 41 Nº 1, 2006, pp. 102-32.
- Ianni, Octavio: «Populismo y contradicciones de clase» en Octavio Ianni (ed.): *Populismo y contradicciones de clase en Latinoamérica*, Era, México, DF, 1973, pp. 83-150.
- Iazzeta, Osvaldo: «Democracia y dramatización del conflicto en la Argentina kirchnerista (2003-2011)» en Isidoro Cheresky (ed.): *¿Qué democracia en América Latina?*, Clacso / Prometeo, Buenos Aires, 2012, pp. 281-303.
- Laclau, Ernesto: *On Populist Reason*, Verso, Londres, 2005.
- Lefort, Cladue: *The Political Forms of Modern Society*, MIT Press, Cambridge, 1986.
- Levistky, Steven y James Loxton: «Populism and Competitive Authoritarianism: the case of Fujimors's Peru» en Cas Mudde y Cristóbal Rovira Kaltwasser (eds.): *Populism in Europe and the Americas Threat or Corrective for Democracy*, Cambridge University Press, Cambridge, 2012, pp. 160-182.
- López Maya, Margarita: «Examining Participatory Innovations in *Bolivarian* Caracas: The Cases of the TWRs and SMCOs», 2008, inédito.
- López Maya, Margarita: «Los consejos comunales en Caracas vistos por sus participantes: una exploración», 2010, inédito.
- López Maya Margarita y Alexandra Panzarelli: «Populismo, rentismo y socialismo del siglo XXI: el caso venezolano» en Isidoro Cheresky (ed.): *¿Qué democracia en América Latina?*, Clacso / Prometeo, Buenos Aires, 2012, pp. 205-235.
- Lynch, Nicolás: «Neopopulismo, un concepto vacío» en *Socialismo y Participación* Nº 86, diciembre de 1999, pp. 63-81.
- Machado, Jesús: *Estudio de los Consejos Comunales en Venezuela*, Fundación Centro Guamilla, Caracas, 2008.
- Maingón, Thais: «Consejos comunales, ciudadanía, estado y poder popular» en Gregorio Castro (ed.): *Debate por Venezuela*, Alfa, Caracas, 2007, pp. 125-147.
- Mayorga, René Antonio: «Sociedad civil y Estado bajo un populismo plebiscitario y autoritario» en Cynthia Arnson (ed.): *La Nueva izquierda en América Latina: Derechos humanos, participación política y sociedad civil*, Woodrow Wilson International Center for Scholars, Washington, DC, 2009, pp. 109-119.
- Mayorga, Fernando: «Bolivia: populismo, nacionalismo e indigenismo» en Isidoro Cheresky (ed.): *¿Qué democracia en América Latina?*, Clacso / Prometeo, 2012, pp. 235-251.
- Montúfar, César: «Rafael Correa and His Plebiscitary Citizen's Revolution» en Carlos de la Torre y Cynthia Arnson (eds.): *Latin American Populism in the Twenty First Century*, The Johns Hopkins University / Woodrow Wilson Center Press, Baltimore-Washington, DC, 2013, pp. 295-323.
- Morgan, Edmund: *Inventing the People. The Rise of Popular Sovereignty in England and America*, W.W. Norton & Company, Nueva York, 1988
- Mudde, Cas y Cristóbal Rovira Kaltwasser: «Populism and (Liberal) Democracy: A Framework for Analysis» en Cas Mudde y Cristóbal Rovira Kaltwasser (eds.): *Populism in Europe and the Americas Threat or Corrective for Democracy*, Cambridge University Press, Cambridge, 2012, pp. 1-27.
- Näström, Sofia: «The Legitimacy of the People» en *Political Theory* vo. 35 Nº 5, 2007, pp. 624-58.
- Novaro, Marcos: «Los populismos latinoamericanos transfigurados» en *Nueva Sociedad* Nº 144, julio-agosto de 1996, pp. 90-104.
- Novaro, Marcos: «Populismo y gobierno. Las transformaciones en el peronismo y la consolidación democrática argentina» en Felipe Burbano de Lara (ed.): *El fantasma del populismo. Aproximación a un tema [siempre] actual*, Nueva Sociedad, Caracas, 1998, pp. 25-49.



- Nun, José: «Populismo, representación y menemismo» en Felipe Burbano de Lara (ed.): *El fantasma del populismo. Aproximación a un tema [siempre] actual*, Nueva Sociedad, Caracas, 1998, pp. 49-81.
- O'Donnell, Guillermo: «Delegative Democracy» en *Journal of Democracy* vol. 5 N° 1, enero de 1994, pp. 55-69.
- Panizza, Francisco: «What Do We Mean When We Talk About Populism?» en Carlos de la Torre y Cynthia Arnson (eds.): *Latin American Populism in the Twenty First Century*, The Johns Hopkins University / Woodrow Wilson Center Press, Baltimore-Washington, DC, 2013, pp. 85-117.
- Peruzzotti, Enrique: «Civil Society and the Modern Institutional Complex: The Argentine Experience» en *Constellations* vol. 4 N° 1, 1997, pp. 88-94.
- Peruzzotti, Enrique: «Populismo y representación democrática» en Carlos de la Torre y Enrique Peruzzotti (eds.): *El retorno del pueblo. El populismo y nuevas democracias en América Latina*, Flacso, Quito, 2008, pp. 97-125.
- Peruzzotti, Enrique: «Populism in Democratic Times: Populism, Representative Democracy, and the Debate on Democratic Deepening» en Carlos de la Torre y Cynthia Arnson (eds.): *Latin American Populism in the Twenty First Century*, The Johns Hopkins University and the Woodrow Wilson Center Press, Baltimore y Washington, DC, 2013, pp. 61-85.
- Quijano, Aníbal: «Populismo y fujimorismo» en Felipe Burbano de Lara (ed.): *El fantasma del populismo. Aproximación a un tema [siempre] actual*, Nueva Sociedad, Caracas, 1998, pp.171-207.
- Quintero, Rafael y Erika Silva: «Ecuador: la alianza de la derecha y el corporativismo en el 'putsch' del 30 de septiembre del 2010» en Ministerio de Coordinación de la Política y Gobiernos Autónomos Descentralizados (ed.): *30 S La Contrarrevolución*, Ministerio de Coordinación de la Política y Gobiernos Autónomos Descentralizados, Quito, pp. 75-95.
- Raby, D.L.: *Democracy and Revolution. Latin America and Socialism Today*, Pluto Press, Londres, 2006.
- Rancière, Jacques: *Dissensus. On Politics and Aesthetics*, Continuum, Londres-Nueva York, 2010.
- Reyna Feliciano y Yolanda D'Elia: *Amenazas a los derechos humanos y la democracia en Venezuela. Informe comprensivo de seguimiento*, Sinergia, Caracas, 2009.
- Roberts, Kenneth: «Neoliberalism and the Transformation of Populism in Latin America. The Peruvian Case» en *World Politics* N° 48, octubre de 1995, pp. 82-116.
- Rovira Kaltwasser, Cristóbal: «The Ambivalence of Populism: Threat or Corrective for Democracy» en *Democratization*, 2011, pp. 1-25.
- Sosa, Arturo: «Reflexiones sobre el poder comunal» en Margarita López Maya (ed.): *Ideas para debatir el socialismo del siglo XXI*, Alfa, Caracas, 2007, pp. 41-59.
- Vilas, Carlos: «Estudio preliminar. El populismo o la democratización fundamental de América Latina» en Carlos Vilas (ed.): *La democratización fundamental. El populismo en América Latina*, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, México, DF, 1995, pp. 11-118.
- Weffort, Francisco: «El populismo en la política brasileña» en María Moira Mackinnon y Mario Alberto Petrone (eds.): *Populismo y neopopulismo en América Latina. El problema de la Centenaria*, Editorial Universitaria de Buenos Aires, Buenos Aires, 1998, pp. 135-153.
- Weyland, Kurt: «Neopopulism and Neoliberalism in Latin America: Unexpected Affinities» en *Studies in Comparative International Development* vol. 31 N° 3, 1996, pp. 3-31.
- Weyland, Kurt: «Clarifying a Contested Concept. Populism in the Study of Latin American Politics» en *Comparative Politics* vol. 34 N° 1, 2001, pp. 1-23.
- Weyland, Kurt: «Neopopulism and Neoliberalism in Latin America: How Much Affinity?» en *Third World Quarterly* N° 24, 2003, pp. 1095-1116.
- Weyland, Kurt: «The Rise and Decline of Fujimori's Neopopulist Leadership» en Julio Carrión (ed.): *The Fujimori Legacy. The Rise of Electoral Authoritarianism in Peru*, The Pennsylvania State University, University Park, pp. 13-38.
- Weyland, Kurt: «Authoritarian Trends in Latin America: Special Threats from the Populist Left» en *Journal of Democracy*, 2013, pendiente de publicación.
- Wilpert, Gregory: *Changing Venezuela by Taking Power. The History and Policies of the Chávez Government*, Verso, Londres, 2007.
- Zúquete, José Pedro: «The Missionary Politics of Hugo Chavez» en *Latin American Politics and Society* vol. 50 N° 1, 2008, pp. 91-122.



Autor

Carlos de la Torre

Profesor de Sociología y Director de Estudios Internacionales de la Universidad de Kentucky, Lexington (Estados Unidos). Ha sido becario de la John Simon Guggenheim Memorial Foundation 2011 y del Woodrow Wilson International Center for Scholars.

Responsable

Nueva Sociedad | Fundación Friedrich Ebert
Defensa 1111, 1° A | C1065AAU
Ciudad de Buenos Aires | Argentina

Svenja Blanke, Directora
info@nuso.org
Tel./Fax: +5411 4361-4108 / 4361-4871
www.nuso.org

Nueva Sociedad

Revista latinoamericana de ciencias sociales abierta a las corrientes de pensamiento progresista, que aboga por el desarrollo de la democracia política, económica y social en América Latina y el Caribe. Se publica en forma bimestral desde 1972 y actualmente tiene sede en Buenos Aires, Argentina. NUEVA SOCIEDAD es un proyecto de la Fundación Friedrich Ebert.

Friedrich Ebert Stiftung

La Fundación Friedrich Ebert es una institución alemana privada sin fines de lucro creada en 1925. Debe su nombre a Friedrich Ebert, el primer presidente elegido democráticamente, y está comprometida con el ideario de la democracia social. Realiza actividades en Alemania y en el exterior a través de programas de formación política y cooperación internacional, así como en el apoyo a becarios y el fomento de la investigación.

Las opiniones expresadas en esta publicación no reflejan, necesariamente, los puntos de vista de la Fundación Friedrich Ebert.